

El tiempo debe detenerse

Consolidación democrática, avances y desafíos a principios de milenio

Antonio Navalón

Los atentados del 11 de marzo de 2004 tuvieron un profundo impacto en la vida política española al grado de cambiar el rumbo de una decisión electoral. El terremoto de 1985 en la Ciudad de México tuvo una evidente repercusión en el desmoronamiento del PRI. En este ensayo Antonio Navalón —escritor, conferencista y editorialista político— reflexiona acerca de las formas en que las crisis sociales repercuten en las decisiones de los pueblos.

En España, la relación medios-práctica de la política fue marcada por el recuerdo colectivo de la Guerra Civil, que era lo único que no podía volver a pasar, y por el acuerdo mayoritario de una sociedad que buscaba dos elementos básicos para la convivencia civil: un sistema democrático consolidado y la pertenencia a Europa como garantía de desarrollo y de libertad democrática. Además un medio, el diario *El País*—que nació en mayo de 1976, a seis meses de la muerte del dictador—, se erigió como canalizador y a veces catalizador de los deseos de la mayoría, convirtiéndose hasta la aprobación de la Constitución de 1979 en el elemento unificador de la agenda nacional entre sociedad y clase política. Lo difícil vino después, cuando resultó necesario acabar con ese *totum revolutum* de protagonismos entre pueblo y medios, partidos, parlamento y gobierno para que cada uno jugara el rol que le correspondía.

Las elecciones que se celebraron el domingo 14 de marzo del 2004, precedidas por los sangrientos atenta-



dos del jueves 11, marcan un salto cualitativo, no solamente por la pérdida del poder de un partido a manos de otro, sino porque, dado un cúmulo de circunstancias que iremos mencionando, fueron las primeras elecciones del siglo XXI; además eran, como después resultó fácil suponer, las que anunciaban en qué condiciones se celebrarían las elecciones de noviembre 2 de ese mismo año en los Estados Unidos.

Durante toda la campaña electoral, para el noventa por ciento de los profesionales de las encuestas y la comunicación, así como para políticos y politólogos, el debate estuvo marcado por la duda de si el Partido Popular repetiría su mayoría absoluta o ganaría las elecciones por mayoría simple. Nadie dudaba que el Partido Popular sería el ganador. Sin embargo, casi nadie advirtió que habían cambiado ya las tendencias de voto por circunscripción, y según éstas el Partido Socialista empataba o se quedaba a muy corta distancia de quitarle el gobierno al Partido Popular. Casi todos, profesionales especializados o no, cometimos el mismo error: juzgar a partir de elementos del pasado las nuevas realidades sociales, que no estamos mentalmente preparados para entender.

He sostenido públicamente que los principales hechos diferenciadores entre este momento y cualquier otro se caracterizan por realidades como ésta, ya anticipadas por Shakespeare: *Time must have a stop*. Desde un punto de vista social y político, el tiempo ha muerto. El desarrollo tecnológico nos hace vivir de manera instan-

tánea la vida de todos, en cualquier punto del planeta y bajo cualquier circunstancia, como en un *reality show*. La mediatización general de nuestra vida, el que todas nuestras actividades, desgracias personales, errores políticos o catástrofes naturales sean transmitidas en directo ha transformado a las sociedades, que ahora reaccionan frente a impulsos emocionales, reflexionando después de actuar.

La mañana del 11 de marzo, cuando los terroristas hicieron estallar sus mochilas contra el pueblo de Madrid, como una venganza posible y hasta cierto punto prevista por la posición de España en la guerra de Irak, no sólo se desencadenó un cambio de gobierno como castigo por no haber evitado los atentados—cosa que todo mundo sabía imposible—, sino que también se inició la irrupción en la vida política y social de hechos inéditos, como la convocatoria a través de mensajes en los celulares a manifestaciones no sólo contra los atentados, sino contra lo que fue percibido como mentiras e intentos de manipulación por parte del gobierno. Y el gobierno no supo calcular que en las sociedades mediatizadas las reacciones son inmediatas, ni el pueblo pudo calcular la dinámica que iba a desencadenar la doble indignación frente a los crímenes de los terroristas y frente al intento de manipulación del gobierno.

Así pudimos ver, por primera vez en directo, cómo los medios de comunicación tradicionales perdían importancia frente a las nuevas realidades: uno, la muerte





La abstención es un gran enemigo político, la indiferencia es un enemigo social.

del tiempo; dos, la mediatización de la sociedad; tres, que cada teléfono celular se convertía en un multimedia al servicio de la reacción social. Sostuve el 16 de marzo en un análisis por televisión que el PP perdió las elecciones por las matanzas terroristas. Tuve que rectificar: el PP acabó de perder las elecciones por el golpe emocional de las matanzas terroristas y por el no perdón de la sociedad española frente a la manipulación.

Estas nuevas realidades van siendo cada vez más claras, evidentes y aprehensibles; sin embargo, sucumbieron frente a la pereza intelectual en los análisis que hice realizar y en parte llevé a cabo de la campaña electoral por la presidencia de los Estados Unidos ese mismo 2004. Se me olvidaron, se nos olvidaron rápidamente las lecciones del 14 de marzo. Por ejemplo, el análisis de la campaña de los demócratas, con John Kerry a la cabeza, lo basamos en la reflexión; se nos olvidó que dadas las condiciones creadas por el desarrollo tecnológico de la mediatización, los hombres ya no buscamos modelos, sino espejos, y

en este barrio global que es ahora el planeta, la televisión es el gran espejo que reproduce lo mediano y permite el triunfo de la mediocridad.

Resultaba evidente, como fue posible comprobar la noche del 2 de noviembre, que la táctica de los estrategas de Bush era correcta. Sabían que la sociedad se mueve por emociones instantáneas e idearon una campaña de mensajes cortos con valores eternos: Dios, patria, principios. Y Bush ganó. En el primer aniversario de esa, sin duda, gran victoria, sólo el treinta y siete por ciento de los norteamericanos están de acuerdo con el presidente que eligieron.

Las lecciones son claras: el papel de los medios tradicionales ha entrado en crisis; los ciudadanos buscan iguales más que modelos a seguir, y además necesitan mensajes claros y concretos, cortos como un SMS, pero que encarnen el sentimiento del momento. La mediatización de la sociedad ha producido una necesidad de información tal que si antes la manipulación se obtenía por



la ocultación o la mentira, ahora se consigue por la saturación informativa y por el secuestro de las capacidades de análisis y reflexión.

Por ello, creo necesario construir los paradigmas y los discursos políticos y sociales basándonos en las nuevas realidades que he explicado, pero además creo absurdo que sepamos el nombre de una aldea pakistaní afectada por el último sismo o los nombres de las víctimas del huracán Stan a su paso por Chiapas y aún así pretender que podemos separar las reacciones y los problemas de los norteamericanos, españoles o mexicanos.

En el caso de México es importante rescatar los elementos catalizadores de la rebelión social y política que significó la actitud del pueblo de la Ciudad de México tras el sismo de 1985. Para muchos, como yo, con los edificios derrumbados cayó también, al menos en la capital federal, la credibilidad del sistema político encarnado por el PRI, y surgió el germen de lo que hoy es un comportamiento electoral y social distinto que en veinte años ha hecho al Distrito Federal pasar de ejemplo de la anti-ciudad al modelo de solidaridad intercudadana que la hace existir, según yo por primera vez en su historia, como ciudad por la existencia de sus ciudadanos.

Es muy importante hacer un recuento de los comportamientos electorales, porque las sociedades que han consolidado un sistema democrático deben ser conscientes de que para mantenerlo vivo y válido debemos defender y preservar no solamente el funcionamiento del sistema como tal, sino también la credibilidad de las instituciones que lo encarnan.

Es necesario recorrer los procesos de evolución del voto, tanto en España como en México, en las últimas consultas electorales. Así podemos observar varios fenómenos; más importante en el caso mexicano es el crecimiento del porcentaje de los denominados “indiferentes”, que son un peligro mucho más importante que el propio crecimiento de la abstención. La abstención, con todo lo que tiene de fracaso del sistema, significa una toma de posesión política; la indiferencia significa un abandono, por imposibles, de los derechos y deberes de la ciudadanía.

Es fundamental no confundir las crisis de los gobiernos con las crisis de los pueblos. Los gobiernos y los partidos que los conforman pueden fracasar; los pueblos tienen los elementos para echarlos —especialmente en los sistemas democráticos— por procedimientos pacíficos y reconstruir el tejido social de su representación, o bien pueden continuar la democracia como algo formal, carente de contenido. La abstención es un gran enemigo político, la indiferencia es un enemigo social.

Por eso creo en la necesidad de salirnos de este océano de información para recuperar los continentes de los principios sociales. Es necesario elevar el nivel de exigencia de los ciudadanos en el cumplimiento de las obligaciones públicas; es necesario meditar qué significa, por ejemplo, la descendente curva estadística del número de votantes en los últimos procesos electorales de la República Mexicana. Nunca antes hubo un nivel de indiferencia tan grande. Nunca antes una crisis social tan profunda. [1]

El presente texto fue leído por su autor el pasado 20 de octubre en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM dentro del ciclo *Conflictos sociales y comunicaciones*.